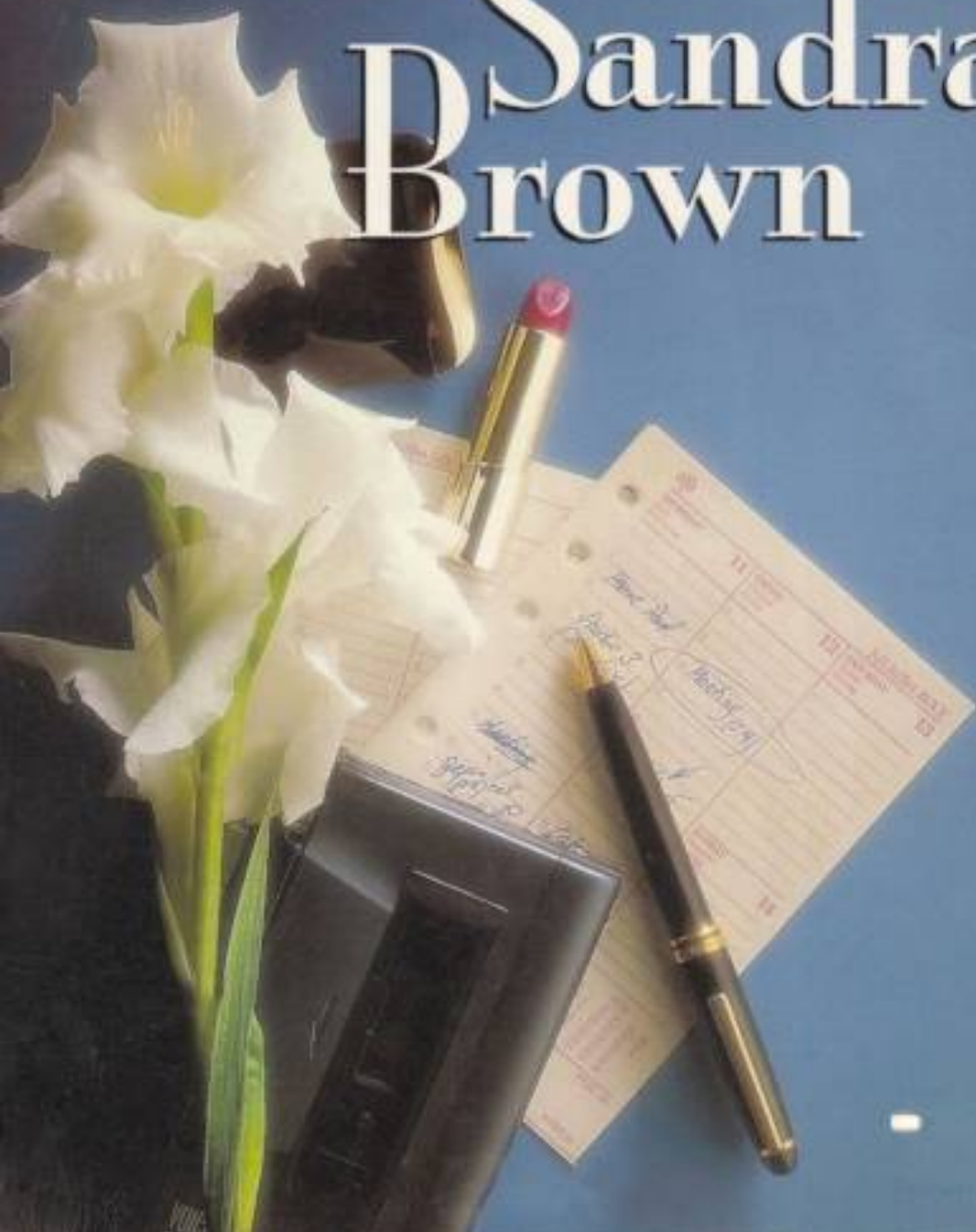


La entrevista

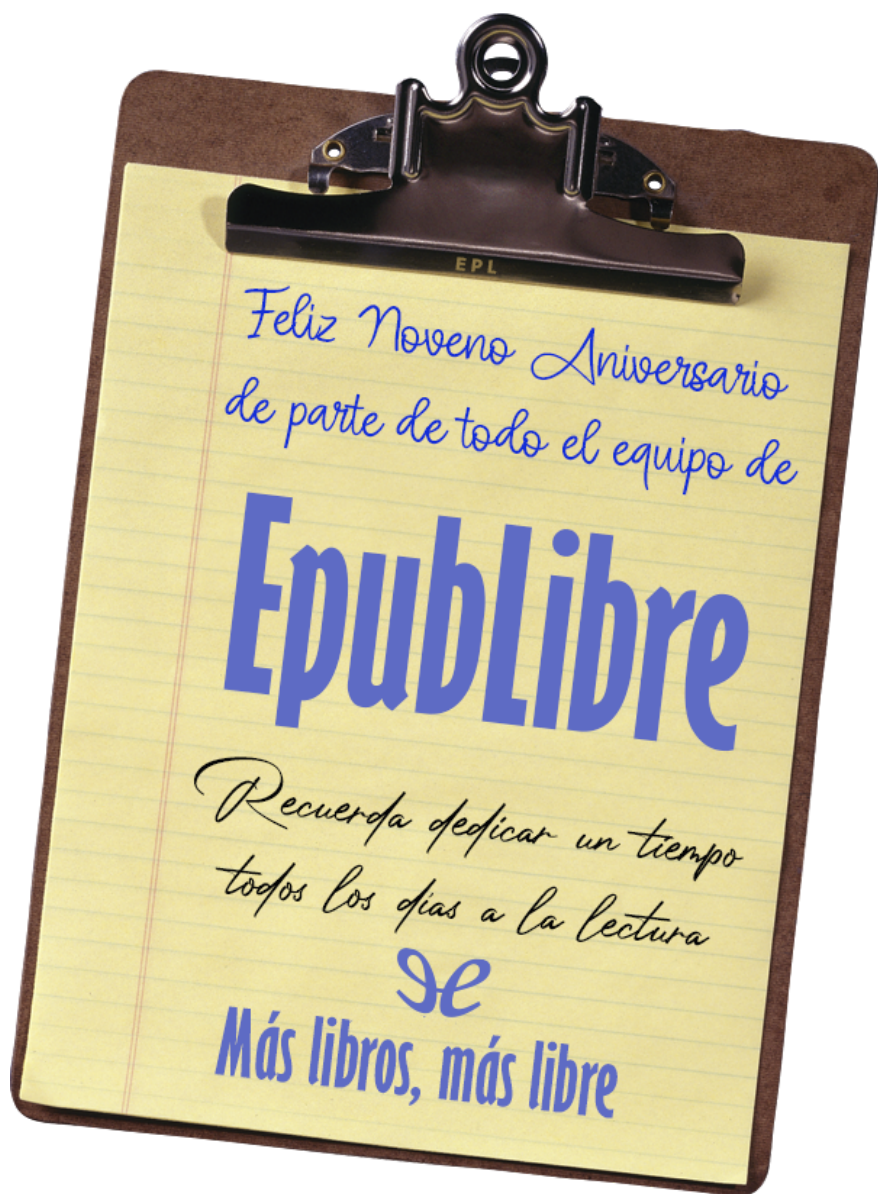
Sandra
Brown



La muerte de su esposo, corresponsal de guerra, y su profesión de reportera de una cadena de televisión han convertido a Andrea Malone en una mujer dura e implacable. Ahora, cuando lucha por alcanzar la cumbre de su carrera, su jefe le ofrece la posibilidad de conseguir un éxito sin precedentes mediante una entrevista exclusiva con el anciano general Ratliff, que desde hace años vive recluido misteriosamente en su rancho de Texas.

Sin embargo, la atractiva Andrea no cuenta con que Lyon Ratliff, el apuesto e impetuoso hijo del general y celoso guardián de la intimidad de éste, se interpondrá en su camino, y menos aún en su vida, despertando a la mujer tierna y sensible que se esconde en lo más profundo de su corazón...

Una intensa y conmovedora novela romántica ambientada en el duro mundo de la televisión, donde la lucha por obtener la máxima audiencia muchas veces destroza esperanza, ilusiones e incluso vidas.



1

—¿Está seguro de que vendrá hoy? —Preguntó Andy Malone con impaciencia al tiempo que adoptaba una posición más cómoda. El asiento de la barra, de vinilo rojo, estaba apelmazado y duro.

—No, seguro no —contestó Gabe Sanders, propietario y cocinero del Gabe's Chilli Parlor, y pasó un trapo de muselina por el borde de una taza de café desconchada—. Sólo he dicho que es posible que pase hoy. Pero no que vendría necesariamente. Lo más probable es que haga lo que le apetezca. —El viejo rió entre dientes.

Los instintos profesionales de Andy se agudizaron y olvidó la superficie dura e irregular del taburete en que estaba sentada. No quería atraer la atención de los comensales que almorzaban ni demostrar demasiado interés por su presa. Gabe Sanders podía decidir en cualquier momento que era una entrometida y dejar de responder a sus preguntas sin más.

—Vaya. —Tomó un sorbo de té frío con indiferencia. Se lo había servido en un vaso de plástico rojo con una cucharilla dentro—. ¿Le parece que el señor Ratliff es una persona impulsiva?

En cuanto lo dijo, se dio cuenta de que la pregunta ponía en guardia a Gabe. El trapo dejó de intentar sacar brillo a la deslucida taza de café. Las pobladas cejas de Gabe se juntaron sobre unos ojos penetrantes y ahora perceptiblemente menos amistosos.

—¿Se puede saber por qué hace tantas preguntas sobre Lyon Ratliff?

Inventando rápidamente una historia, Andy se inclinó con aire conspirador y dijo:

—En la universidad tuve una compañera que era de aquí. Me habló de un hombre que vivía en un gran rancho y tenía un Dorado plateado. Me pareció alguien salido de una película.

Gabe la escrutó especulativamente, mientras la confianza de Andy empezaba a abandonarla a medida que aquellos ojos la desenmascaraban. La mirada de Gabe decía que le parecía demasiado mayor para ser una estudiante y que aquello no era más que otra mentira.

—¿Quién era?

Desconcertada, primero por la mirada escrutadora de Gabe y ahora por su pregunta, Andy balbuceó:

—¿Quién era... quién?

—Su compañera de clase. Seguro que la conozco. He servido chili y hamburguesas desde el cuarenta y siete. Conozco a casi todas las familias de Kerrville.

—Oh, pues no creo que la conozca... Se llama Carla. En realidad era de San Antonio y sólo venía aquí en verano a visitar a sus primos, creo. —Andy cogió el vaso de té y bebió un largo sorbo como si se tratara de un tónico reconstituyente.

Desde que había llegado a aquella comunidad de la zona montañosa de Texas hacía unos días, se había sentido como pez fuera del agua. Las prudentes y educadas preguntas que normalmente le abrían puertas, no la había llevado a ninguna parte. Era como si los ciudadanos de Kerrville protegieran a Lyon Ratliff y al auténtico objetivo de Andy: su recluso padre.

El general Michael Ratliff era el último general de cinco estrellas superviviente de la Segunda Guerra Mundial. Andy había jurado que lo entrevistaría en su programa de televisión. Y si los vagos informes sobre su delicado cora-

zón eran ciertos, tendría que ser pronto. Por el momento, su viaje no había producido ningún destello de esperanza de que pudiera llegar a cumplir su misión. Ahora Gabe Sanders se mostraba tan reticente y parco en información como todos los demás que había abordado.

En un arranque de decisión levantó la barbilla y su boca esbozó una dulce sonrisa. Sus ojos color jerez brillaban seductores.

—Señor Sanders, ¿puede ponerme una rodaja de lima en el té?

Recuperó la confianza en sí misma cuando vio que Gabe se ponía ligeramente nervioso ante su sonrisa radiante.

—¿Le importa si es limón?

—Estupendo. Gracias.

Apartó hacia atrás un mechón de pelo castaño dorado. Utilizaba su atractivo para sonsacar información sólo cuando se veía obligada a ello, y siempre le incomodaba un poco. Prefería enfrentarse a un reportaje con la misma franqueza de los periodistas de sexo masculino. Pero en caso necesario no era contraria a servirse de cualquier ventaja que le reportara su sexo, y si a alguien su aspecto le resultaba turbador, no había nada malo en aprovecharse de ello. Su padre, que tenía una vena poética, en una ocasión la había comparado a un helado perfecto: crema de vainilla, Amaretto y salsa de caramelo.

—Gracias. —Dijo Andy cuando Gabe volvió con dos rodajas de limón en un platito. Exprimió una de ella en el vaso de té endulzado, que en su opinión sabía a jarabe, dado que no solía añadir azúcar a nada.

—No es de por aquí, ¿verdad?

Estuvo a punto de responder con una mentira, pero de repente el juego había perdido su gracia.

—No, no soy de aquí. Ahora vivo en Nashville, aunque me crié en Indiana.

–¿En Nashville? ¿Trabaja en el Gran Ole Opry?

Andy se echó a reír y meneó la cabeza.

–No, trabajo para una empresa privada de cable.

–¿Cable? –Las cejas de Gabe se arquearon y Andy decidió que era su rasgo más expresivo—. ¿Se refiere a la televisión por cable?

–Sí.

–¿Sale en televisión?

–A veces. Tengo un programa de entrevistas que se emite por las emisoras de cable de todo el país.

–¿Entrevistas? –Gabe miró más allá de Andy a sus clientes, como si buscara a alguien digno de ser entrevistado por ella. Después volvió a mirarla como si hubiera comprendido—. No estará pensando en pedir a Lyon una entrevista con su padre, ¿eh?

–Sí, precisamente de eso se trata.

El hombre la miró con recelo.

–No existe ninguna compañera de clase de universidad, ¿no es así?

Andy lo miró abiertamente.

–No.

–Me lo imaginaba. –No lo dijo en tono de censura.

–¿Cree que el señor Ratliff se negará a dejarme entrevistar a su padre?

–Puede estar segura, pero estamos a punto de descubrirlo porque ahora mismo está entrando.

Andy bajó los ojos hacia el anillo de humedad que su vaso había dejado sobre la barra al mismo tiempo que se le encogía el estómago. El cencerro suspendido de una barra de metal encima de la puerta resonó con fuerza al entrar un hombre.

–Eh, Lyon –dijo alguien desde un extremo del restaurante.

–Lyon –saludó otro cliente.

—Jim, Pete. —Tenía una voz grave y áspera. El sonido la pinchó en las lumbares como una aguja y generó un estremecimiento que le recorrió toda la columna.

Ella había abrigado la esperanza de que se sentara en uno de los taburetes que había a su lado, de modo que fuera fácil entablar conversación. Pero los pasos que ella seguía con el oído se dirigían al final de la barra, hacia el extremo perpendicular a donde estaba sentada ella. Por el rabillo del ojo vio una camisa azul. Gabe se acercó al hombre.

—Hola, Lyon. ¿Qué vas a tomar? ¿Chili?

—Hoy no. Hace demasiado calor. Además Gracie hizo chili la otra noche, y tuve que tomar dos dosis de ese jara-be rosa para poner el estómago a tono.

—¿Ese dolor de estómago no tendría que ver con las margaritas que estuviste bebiendo con el chili?

Una fuerte risotada emergió de lo que con toda seguridad era un amplísimo pecho.

—Podría ser, desde luego.

Vaya voz. ¿Qué clase de hombre podría tener una voz tan bulliciosa? Andy no creía poder contener la curiosidad mucho más. Finalmente se rindió y lo miró en el momento que decía:

—Ponme una hamburguesa con queso.

—Enseguida.

Andy ni siquiera oyó la respuesta de Gabe al pedido de Lyon Ratliff. Estaba demasiado absorta en éste. Lyon no era en absoluto como ella esperaba. Se lo había imaginado más mayor, bien entrado en la edad madura, probablemente porque el general Ratliff tenía más de ochenta años. Por lo visto su hijo había nacido después de la guerra. Calculó que Lyon tendría unos treinta y cinco.

Era robusto, de pelo oscuro y lacio, teñido de plata en las sienes. Dos impecables y oscuras cejas se arqueaban

sobre unos ojos de los que no podía determinar el color a tanta distancia. Siguió con la mirada la línea de la nariz romana, que le recordaba a los actores de las películas basadas en la Biblia, y la boca sensual, que le recordaba a los actores de otra clase de películas.

—¿Esa carne que estás asando para mí en la parrilla es de Ratliff? —Preguntó el hombre a Gabe.

De nuevo Andy quedó intrigada ante su voz. Era resonante pero reposada, como si pudieras perderte algo muy importante en caso de no estar realmente atento. El tono áspero transmitía sensualidad a todas sus palabras. Decididamente era más de la segunda clase de actores que de la primera.

—Ya lo creo —dijo Gabe—. La mejor ternera que se encuentra.

Lyon echó ligeramente hacia atrás la cabeza y rió entre dientes. Estaba a punto de coger el vaso de agua con hielo que Gabe le había servido cuando sus ojos se posaron casualmente en Andy por unos momentos.

Andy tomó buena nota del recorrido de aquellos ojos grises —sí, eran grises—. Se habían detenido sorprendidos en sus propios ojos; era la reacción habitual de todos los que la miraban a los ojos por primera vez. Eran de un pardo rojizo cautivador, rodeados por unas pestañas largas y espesas. Luego los ojos grises habían subido hacia su pelo. ¿La coleta sostenida en la nuca con un pasador de concha de tortuga la hacía parecer demasiado joven? ¿O, Dios no lo quiera, la había tomado por una treintañera que intentaba parecer más joven? «No te pongas paranoica, Andy», se advirtió a sí misma. Sabía que su pelo de tono caramelo con mechones rubios era bonito. ¿Pero y las gotas de sudor en la frente? ¿Podía verlas? A pesar de que un rótulo con más de veinte años anunciaba aire acondicionado en la ventana del local, Andy sentía el sudor en todo su cuer-

po. De repente fue consciente de todos los poros de su cuerpo, de todos los nervios. Era como si la hubiesen abierto para diseccionarla, y Lyon Ratliff fuera un científico que se tomara su tiempo para examinar ese espécimen. Finalmente, cuando los ojos grises llegaron a la boca, Andy había desviado la vista. Cogió su vaso y casi le resbala de los dedos antes de beber. Entonces temió que en lugar de haber desviado la atención de él de sus labios, no había hecho más que atraerla más.

Pero ¿qué le sucedía? Tenía un trabajo que hacer. Hacía tres días que perseguía a ese hombre, haciendo preguntas indirectas sobre él y su padre, reuniendo todas las migas de información que le echaban y soportando rechazos groseros. Se había pasado horas sentada en la peluquería escuchando los cotilleos del pueblo, esperando que su nombre fuera mencionado, y al mismo tiempo rechazando, con educación pero firmemente, que le hicieran una permanente «sólo para darle cuerpo». Lo único que averiguó allí fue que Lyon se había perdido el último baile del club de campo porque su padre había sufrido una recaída, que habían encargado plantas nuevas para la casa del rancho y que la chica de la manicura parecía haber sido entrenada por el marqués de Sade.

Pero ahora estaba a cuatro pasos de distancia de su objetivo, y sin embargo se encontraba sudada y con la lengua trabada por primera vez en su vida. ¿Dónde había ido a parar su fría seguridad? La férrea obstinación que siempre le había impedido admitir un no por respuesta la había abandonado. La objetividad que la distinguía había sido borrada por la conciencia de la sensualidad de aquel hombre. Había conocido a reyes, primeros ministros y presidentes, entre ellos dos presidentes de Estados Unidos, y ninguno de ellos la había intimidado. «Y este..., este vaquero entra en un grasiento tugurio y yo me echo a temblar».

En un intento de recuperar el control, Andy levantó la barbilla y lo miró desafiante. Los ojos de él podrían haber sido dos cantos rodados gemelos que cayeran sobre ella y aplastaran su valor. La mandíbula de Lyon estaba torcida con arrogancia, como diciéndole: «Sí. He oído hablar de la igualdad de sexos, y me parece muy bien. Pero ahora te estoy mirando y pensando en ti sólo como objeto sexual, y no puedes hacer nada para impedirlo».

Pues sí que podía hacer algo. Podía impedir que él continuara pensando lo que estaba pensando. Pondría en su conocimiento, de una forma serena y profesional, quién era ella y por qué estaba allí... en cuanto se terminara su hamburguesa, decidió, al ver que Gabe le servía un plato humeante.

Andy estudió el grasiento y polvoriento menú de Gabe, que había sido puesto al día a lo largo de los años a base de borrar los precios antiguos para escribir encima los nuevos. Se arriesgó a otro vaso de té edulcorado. Observó cómo una madre limpiaba la salsa de tomate de la boca de su hijo, y después observó cómo una nueva mancha roja sustituía a la anterior al engullir el niño una patata frita. Jugueteeó con la salsera de metal que tenía frente a ella, la cual contenía tres variedades de salsa para carne. Cogió cuatro servilletas de papel y secó la humedad que su vaso de té no paraba de formar.

Finalmente echó una mirada al extremo de la barra y vio que Lyon casi había terminado su comida. Estaba bebiendo café, sujetando posesivamente la taza con sus dedos largos y aparentemente fuertes. Su contemplación del tráfico a través de las amplias ventanas terminó en cuanto ella bajó del alto taburete. Lyon la miró. Andy le sonrió y deseó no sentirse como una chiquilla coqueta o, aún peor, como a una imitación temblorosa de ésta.

–Hola –dijo, haciendo esfuerzos por llegar hasta su taburete, a pesar del temblor de sus rodillas.

Lyon la recorrió con una lenta y apreciativa mirada. Apenas disimuló su diversión y no intentó ocultar su aprobación sexual. ¿Tan acostumbrado estaba a que se le acercaran mujeres desconocidas en los bares?

–Hola.

De modo que iba a ponérselo difícil, no iba a ofrecer ninguna ventaja. De acuerdo, señor Ratliff. Andy respiró hondo y dijo:

–Me llamo Andrea Malone.

Andy no podía imaginar que la expresión de él pudiera cambiar tan rápida y drásticamente, o que sus ojos bajo las oscuras cejas pudieran endurecerse y enfriarse tan rápidamente. La miró con frialdad durante un largo momento, después se dio la vuelta dejándola con una visión posterior de sus amplios hombros. Como si Andy no existiera, bebió un sorbo de café con despreocupación.

Andy miró a Gabe, en apariencia concentrado en rellenar un salero, pero ella podía imaginarse que tenía los oídos bien aguzados y escuchaba ávidamente. Se humedeció los labios con la lengua.

–He dicho que me llamaba...

–Sé quién es usted, señora Malone –dijo Lyon con un retintín condescendiente–. Es de Nashville. Televisión Télex Cable.

–Eso significa que leyó la dirección del remitente aunque no se dignase a abrir mis cartas antes de devolverlas. ¿Me equivoco? –Repuso Andy, pensando haber planteado un arrogante desafío.

–No se equivoca.

Lyon tomó un poco más de café. Su indiferencia era irritante. Andy ardía en deseos de arrancarle la taza de la mano –si eso era físicamente posible– y lanzarla al otro extremo del local, sólo para llamar su atención. Sin embargo, podía prever que un arrebato así podía acabar muy mal

para ella. Él parecía irradiar una sólida fortaleza de cuerpo y espíritu, y Andy no deseaba jugar con ninguno de los dos a ser posible. Era obstinada pero no estúpida.

–Señor Ratliff, sabe que...

–Sé lo que quiere. La respuesta es no. Creo que ya se lo dije cuando recibí su primera carta hace varias semanas. Ésa sí la respondí. Es evidente que no recuerda lo que contenía aquella carta. Decía esencialmente, que se ahorrara esfuerzos, trabajo, tiempo y dinero y –la evaluó cínicamente– ropa nueva. Nunca daré mi consentimiento para que entreviste a mi padre en su programa de televisión. Mi postura sigue siendo la misma de entonces. –Con rudeza le volvió la espalda de nuevo.

De acuerdo. Había metido la pata. Tal vez todas sus preguntas de los últimos días habían sido una forma poco profesional de enfocar el asunto, pero no pensaba abandonar ahora. Alzó los hombros, estrechado sin darse cuenta la tela de algodón ajustada alrededor de sus pechos.

–Ni siquiera ha escuchado lo que quiero proponerle, señor Ratliff. Mire...

–No quiero oírlo. –Volvió la cabeza hacia ella y sus ojos tropezaron con sus pechos. Ella se mantuvo perfectamente inmóvil, como si el moverse fuera una admisión de lo embarazoso de la situación. Al cabo de un momento él levantó la vista, y Andy recuperó la respiración y su expresión decidida—. Nada de entrevistas a mi padre –dijo Lyon con voz baja y tensa—. Es un hombre mayor y no se encuentra bien. Han venido otros más importantes que usted, señora Malone, a preguntar. La respuesta sigue siendo irrevocablemente no.

Bajó del taburete y ella se dio cuenta, cuando se encontró mirando su clavícula, de que era muy alto. Andy dio un paso atrás y miró fascinada cómo metía las manos en el bolsillo de los ajustados tejanos y sacaba un billete de cinco dólares. La mano en el bolsillo hizo que la tela ya

ajustada del vaquero tirara aún más, y que los colores le subieran a la cara. Lyon dejó el billete cerca de su plato; era más del doble de lo que costaba una hamburguesa con queso.

–Gracias, Gabe. Hasta luego.

–Hasta luego, Lyon.

Andy no podía creer que se estuviera desembarazando de ella tan alegremente cuando él pasó por su lado con intención de salir.

–Señor Ratliff –dijo con un deje de irritación, siguiéndolo.

Él se detuvo y se dio la vuelta con deliberada lentitud, más amenazadoramente que si se hubiera girado rápidamente. Andy se sintió como si la estuvieran hiriendo con invisibles estocadas; sus ojos la repasaron por entero, desde la cabeza a los pies.

–No me gustan las mujeres pesadas, señora Malone. Y eso parece ser usted. No permitiré que nadie entreviste a mi padre, y mucho menos usted. De modo que, ¿por qué no mete en la maleta su ropa nueva y se vuelve a Nashville que es donde debe estar?

Andy arrojó su bolso sobre la cama y se dejó caer en la incómoda silla de la pequeña y mal ventilada habitación de hotel. Se presionó con ocho dedos la frente al mismo tiempo que se masajeaba las sienes con los pulgares. No sabía si era el calor, el clima árido o aquel hombre, pero algo le había producido un dolor de cabeza espantoso. El hombre. Sin duda había sido el hombre.

Tras unos minutos de descanso se puso en pie, se quitó las botas y las lanzó a un rincón.

–Gracias por nada.

Se dirigió al baño y tomó dos aspirinas con agua del grifo.

—¿Por qué no le diste una bofetada a ese cabrón engraido? —Preguntó a su imagen en el espejo—. ¿Por qué te quedaste como una tonta aguantando que te insultara?

Se soltó el pasador del pelo y sacudió la cabeza para recolocarlo, lo que le produjo más dolor de cabeza. «Porque quieres hacer esa entrevista, por eso», se contestó en silencio.

No le apetecía llamar a Lex. ¿Qué podía decirle? Lex no encajaba bien las decepciones, por decirlo suavemente. Todavía seguía barajando las posibilidades de lo que podía decir cuando marcó el número de conferencias. Pidió una llamada a cobro revertido y persona a persona. Después de pasar por la centralita de Télex al despacho de Lex, oyó su gruñido quejumbroso.

—¿Sí?

—Hola, soy Andy.

—Caramba, ya empezaba a temer que te hubiesen secuestrado unos cuatrerros. Es un detalle que encontraras tiempo para llamarme.

Sarcasmo. El humor del día era el sarcasmo. Andy lo aceptó con resignación, como aceptaba siempre los humores de Lex.

—Lo siento, Lex, pero no tenía nada que decir, así que no llamé. ¿Recuerdas lo que nos dijiste el mes pasado sobre las conferencias innecesarias?

—Pero eso no iba por ti, cariño —repuso con más cordialidad—. ¿Cómo van las cosas en el país de las vacas?

Andy se frotó la frente y contestó:

—No demasiado bien. Los primeros días no me enteré de nada. Lo único que saqué en limpio era que estaban ampliando el jardín de la casa del rancho. Eso, y el lugar donde su hijo Lyon Ratliff suele comer cuando está en la ciudad. Hoy he tenido el placer de conocerlo.

Recordó no el modo descortés con que le había hablado antes de marcharse, sino cómo la había mirado la primera vez que sus ojos se habían encontrado. No se había